EL ECO DE CARACAS

Novela negra

ARTURO LUCEÑO

Extracto
Traducción de trabajo

El eco de Caracas

Título original: *Das Echo von Caracas*

Traducción del alemán.

© 2026 Arturo Luceño. Todos los derechos reservados.

Extracto de la traducción de trabajo – prohibida su venta. El texto puede diferir de la edición definitiva.

Esta novela es una obra de ficción. Los personajes y la trama son inventados.

Responsable: Markus «Balu» Goergen, Gartenweg 1B, 54453 Nittel

«Cuando se hacen incisiones en el tronco,
da mucha cantidad de leche untuosa,
de bastante cuerpo...»

Alexander von Humboldt
Árbol de leche (1827)

Las palabras alemanas y holandesas, y algunos venezolanismos, se explican en el glosario al final del libro.

Caracas yace bajo la vigilia muda de El Ávila, un valle donde la humedad de la temporada de lluvias ablandó hace tiempo la frontera entre la ley y la necesidad. Aquí el poder no se define por artículos de ley, sino por contactos y dinero, muy lejos del sudor de las calles. En esa trama la corrupción no es un cuerpo extraño, sino el cimiento mismo: una red invisible de favores que mantiene unida a la ciudad mientras las viejas promesas se deshacen lentamente en polvo entre la calima de las autopistas.

Una de esas promesas se alza sobre el barrio San Agustín. En los años cincuenta empezó a construirse en la Roca Tarpeya una espiral de concreto: cuatro kilómetros de rampa por los que uno debía poder subir en carro hasta debajo de la cúpula, además de un centro comercial, un hotel y, arriba del todo, un palacio de espectáculos. La obra gris quedó en pie. Luego se acabó el dinero. Hoy la ocupan organismos del Estado; el más importante es el Servicio Bolivariano de Inteligencia Nacional. El SEBIN.

Quien vive aquí vende su alma: o al sistema o a la realidad.

PRÓLOGO

El frío artificial del último piso del Centro Ciudad Comercial Tamanaco contrastaba, cortante, con la brutalidad húmeda que pesaba afuera sobre Caracas. La pirámide invertida de concreto del centro comercial se alzaba sobre el valle como un exilio aislado del dinero viejo, lejos de los cables eléctricos colgantes y de las escaleras empinadas de los barrios cercanos. A través del ventanal de piso a techo, Salma observaba el temblor del calor de mediodía que derretía el asfalto de la Autopista Francisco Fajardo. Abajo, el remolino de latas avanzaba a empujones por el ojo de aguja de la ciudad, acompañado de nubes negras de escape que colgaban entre los edificios como una neblina venenosa.

Salma tenía un vaso en la mano. El frescor del cristal en las yemas de los dedos era el ancla necesaria contra el caos al otro lado del vidrio, en cuyo borde inferior se formaba un fino empañado. Ahí el orden artificial capitulaba ante la humedad venezolana. El calor de allá abajo no era asunto suyo. Esa era su forma de poder.

Cardo salió de la penumbra del pasillo y se acercó a la maciza mesa de caoba. El silencio de la sala solo lo sostenía el zumbido leve y mecánico de la ventilación, que se tragaba por completo el ruido lejano de las cornetas y de los bajos del reguetón. Dejó sobre la mesa un aparato en el que los sellos digitales de la Guardia Nacional para el corredor latían en verde. Junto a la línea de Tovar no había nada. Le trabajaban los músculos de la mandíbula mientras esperaba la reacción de Salma. En su cabeza existía una sola imagen, un punto oscuro en el sistema que tres años de trabajo no habían achicado; pero en el núcleo administrativo cada palabra sobre eso seguía siendo un riesgo impagable.

Afuera, sobre El Ávila, se amontonaban las primeras nubes pesadas de la tormenta casi diaria y tendían largas franjas oscuras sobre las paredes de ladrillo de los cerros, mientras Salma ponía el dedo sobre los protocolos.

* * *

El zumbido agudo de la aguja de tatuar tapaba el lejano e impaciente concierto de cornetas de la Avenida Casanova. Dentro del estudio «Tinta Sagrada», a un tiro de piedra del brillo en ruinas de los hoteles por horas como el Yare, donde las agujas eran baratas y las manos aun así firmes, el aire estaba tan pesado y húmedo que el olor a jabón verde y a piel quemada se pegaba a los labios como una película.

Vero estaba boca abajo en la camilla acolchada, sin más ropa que un tanga hilo dental. Llevaba el pelo rojo fuego sujeto apretado en la nuca, lejos de la zona donde la tinta se volvía ahora, sin vuelta atrás, parte de su carne. El clic de las bolitas de metal contra sus incisivos marcaba el compás del dolor cada vez que el acero volvía a entrar en el tejido. No soltó ni un sonido.

Su celular, sobre una mesita de metal polvorienta junto a las tapitas de tinta, se encendió. Dos palabras, nada más: *Depósito confirmado.*

Vero no movió un músculo de la cara. No agarró el aparato. En la estrechez sofocante del estudio solo contaban el ardor de la aguja y saber que el dinero se había ido en la tinta que ahora le entraba bajo la piel. Las líneas finas de la jaula crecían con cada pinchazo: una marca de su orgullo que quedaría oculta bajo sus shorts.

* * *

A miles de kilómetros, en el brillo azulado y frío de un estudio cerca de la frontera con Luxemburgo, un cursor latía frente a Arthur. En Caracas había caído la noche. Aquí en Alemania la noche ya tenía seis horas más. Afuera, en la zona fronteriza, todo callaba. En la pantalla central, el símbolo rojo de «Offline» junto al ID de GPS de Vero brillaba como una advertencia abierta.

Se le escapó un suspiro leve mientras se acomodaba los lentes. Abrió una segunda ventana. El saldo digital estaba ahí, en camino desde hacía media hora, y al lado su propia etiqueta: «Gisbeth –

Medicación». Debajo, una línea contaba confirmaciones, lenta, una tras otra. La cadena la había armado años atrás, cuando el último banco alemán le devolvió la transferencia a Caracas: euros a criptomoneda, de ahí a la wallet de Vero. Lo que venía después quedaba fuera de sus ventanas.

La última confirmación entró con un clic. *Ejecutado.* Arthur se quedó mirando un momento más la mancha oscura en el mapa donde se había apagado la señal de Vero. En su mundo no había lugar para el azar; cada paso era una pieza de un orden que él intentaba tender desde lejos sobre el caos al otro lado de la línea. No se dio cuenta de que sobre el café frío de su taza se había formado hacía rato una nata opaca: el único desorden que su Torre toleraba esa noche.

EL ÁRBOL

La neblina se comía la luz de la luna antes de que llegara al suelo del bosque. Él caminaba sin linterna. Sus botas encontraban la pendiente, la cresta de raíces, las piedras sueltas que no podía ver: la ladera norte de El Ávila la tenía escrita en las piernas, desde hacía años, desde el entrenamiento. La humedad le cubría la piel como una segunda piel, más fría.

En la cerca de alambre no se detuvo. El precinto de la Guardia Nacional colgaba empapado del poste, las letras corridas unas sobre otras. Levantó el alambre suelto y pasó por debajo. Ningún reflector barrió la ladera. Ningún perro ladró. Donde a esa hora solía chisporrotear una radio, solo quedaba el goteo del bosque.

El árbol estaba entre los gigantes como un niño entre hombres. Delgado, liso, la corteza oscura y con un brillo húmedo. Sacó el bisturí de la chaqueta. Apoyó la hoja por encima de la primera bifurcación y la pasó de un solo tirón por la corteza, hasta que el acero dio con la resistencia más blanda de debajo.

Del corte brotó algo blanco. Lento, espeso, corriendo de vuelta contra su propia herida, como si el árbol quisiera cerrarla antes de que entrara el aire. El hombre puso el tubito bajo la gota y la recogió.

Al cerrarlo sonó un siseo agudo. Un vapor blanco salió del recipiente, le reptó por el dorso de la mano y desapareció. Mantuvo la mano lejos del cuerpo, los dedos abiertos, y contó los segundos hasta que el ardor bajó del umbral en que una mano todavía obedece. Luego guardó el tubito en el bolsillo aislado del pecho.

Volvió por el mismo camino. Detrás de él, el corte ya casi no se veía.

CCCT

Salma le daba la espalda al ventanal cuando la puerta corrediza zumbó. Debajo de ella, el tráfico de la autopista estaba parado, una cadena que daba tirones y se detenía y todavía no tenía color.

Cardo dio apenas dos pasos dentro de la sala. Tenía barro pegado en las botas; en la alfombra clara quedaba una huella oscura con cada paso. Puso el tubito sobre la mesa. La condensación de la pared exterior empezó a gotear y dejó un anillo fino en la madera pulida.

—El biólogo de Tovar empieza hoy —dijo—. Le llevo la muestra ahorita. En un par de días el tejido está estable. —Tenía la voz tomada por la noche.

Salma no miró el tubito. Tomó la tableta de la mesa, pasó un dedo por la pantalla y abrió los registros de vigilancia. Las grabaciones de la ladera norte —cada cámara, cada sensor que había registrado el camino hasta el árbol— las seleccionó y deslizó el dedo a la izquierda sobre ellas. Las líneas se vaciaron. Quedó el gris, parejo, como nieve sucia en una montaña.

Se llevó el vaso a los labios. Por encima del borde lo miró: el vapor en su ropa, el agotamiento, la huella mojada en su alfombra; pesó una cosa contra la otra y lo encontró soportable.

—Encárgate de que ese hombre no duerma hasta que tenga resultados —dijo.

Cardo no esperó a que ella le permitiera irse. Se fue.

SAN AGUSTÍN

Dos meses después de aquella noche sofocante en el «Tinta Sagrada», el sol de la mañana quemaba un agujero amarillo pálido en la calima sobre Caracas. Apenas pasaban de las ocho, pero en el barrio el aire ya se pegaba al paladar y a la garganta. En el apartamento de Vero reinaba el silencio asfixiante de un apagón, interrumpido solo por el zumbido leve y agudo del UPS en el recibidor, que mantenía vivo el router como un pulmón artificial.

Vero se despegó de las sábanas húmedas. Contra la pared agrietada, en el suelo, estaba apoyado el televisor enorme, un monolito negro cuya pantalla reflejaba la luz cruda que entraba por las persianas. Un olor punzante a amoníaco le mordió la nariz. Picante, uno de los dos chihuahuas, estaba parado con ojitos de botón inocentes frente a la base metálica del aparato; un charco amarillento se extendía despacio por las baldosas nuevas.

—Mierda, Picante. —El loro de Vero ladeó la cabeza y la miró.

El clic metálico de su piercing snake contra los incisivos marcaba el compás de su rabia. Agarró una pila de periódicos viejos y apretó el papel contra el piso. Le temblaban los dedos. En ese momento vibró su celular. La pantalla parpadeó: 35 % de batería.

Mensaje de Arthur: «*Vero, tu estado de carga se desvía de la norma. El UPS no está para amortiguar tu descuido. Sin estructura, el caos te va a devorar.*»

Vero se quedó enganchada en el mensaje. No contestó; a veces el alemán simplemente la fastidiaba. Se paró frente a la cómoda, cuya madera se había hinchado con el clima húmedo y crujía y se resistía al abrirla.

Cuando la gaveta por fin cedió, le salió al encuentro la nota fresca y química de la silicona médica. Debajo de las franelas bien dobladas se escondía una geometría inquieta de superficies lisas y texturas duras: un bosque caro de formas que había ido comprando a lo largo de los años. Pasó las yemas de los dedos por el material mate de uno de los aparatos. Ofrecía una honestidad mecánica que nunca había encontrado en los hombres. Los encuentros en los hoteles por horas siempre habían sido para ella puro ruido estático: hombres cuyos nombres olvidaba antes de que se le secara el sudor en la piel. Esto no lo olvidaba. Arthur mandaba el dinero para comida y medicinas. Lo que ella desviaba estaba en una lata de galletas encima de la nevera. Ya no lo contaba; sabía que era suficiente.

De un tirón duro sacó un tanga hilo dental negro que estaba atascado y cerró la gaveta con la cadera. Se paró frente al espejo rajado y se quitó la franela de dormir sudada. Antes de levantar la cámara, agarró su pesada melena rojo fuego y la dispuso como una cortina tupida y sedosa sobre la cadera derecha. La cascada tapaba por completo las líneas oscuras de la jaula en su piel. Arthur podía ver muchas cosas, pero nunca el eco del dinero que había mandado para otras cosas.

Un clic. El sonido artificial del obturador sonó en el silencio como el montar de un gatillo. Mandó la foto, pura provocación desnuda, por el canal a Alemania. Sin comentario.

Mientras se ponía el top corto, sintió la fuerza elástica de sus músculos: un resto de aquella época en la academia de policía que había terminado tan de golpe. En su momento le habían sugerido que renunciara al servicio, porque una mujer con su intuición particular y su tendencia a actuar por su cuenta no encajaba en la jerarquía rígida. Al menos esa había sido la justificación.

En realidad le habían tenido miedo a la muchacha del barrio que veía cualquier movimiento una sola vez y después lo hacía mejor que ellos.

Agarró el morral. Revisó el celular: Arthur había recibido la imagen. Su silencio era su primera victoria del día.

Vero salió al recibidor estrecho. Gisbeth seguía sentada a la mesa, los dedos aferrados como congelados a una taza vacía. Se había refugia-

do allí la noche anterior, huyendo del olor obsesivo a cloro y de la verborrea incesante de su madre, Lila, sobre aquel asunto viejo: la ruptura con su prometido, que Gisbeth llevaba sobre el alma como una mortaja. En el aire sofocante del apartamento ella misma parecía un mueble. Miraba por la puerta abierta del cuarto el televisor, que sin corriente parecía una lápida negra para su propia apatía. Era el «silencio de los elefantes», esa melancolía profunda que Gisbeth se había traído al barrio desde los establos de la UCV, donde asistía a los veterinarios.

Vero plantó el morral sobre la mesa. El aparatoso pelaje de mono despedía el vaho acre de sudor viejo y detergente barato. Metió el disfraz de peluche, movimientos cortos, cada uno en el mismo sitio que el día anterior. En la academia le habían puesto por esa rapidez el apodo de «La Pulga». La placa ya no estaba. La rapidez se había quedado. Hoy el pelaje de mono era su única arma en la lucha diaria contra el hambre.

—Cuando llegue la luz, no toques el televisor —dijo Vero en voz baja mientras se metía el celular en el bolsillo—. La fuente ya no aguanta los bajones de voltaje.

Gisbeth miró el monolito negro contra la pared. —¿Y si Arthur pregunta de dónde salió?

—De la alcaldesa —dijo Vero sin darse la vuelta—. Un regalo para la gente que va a la asamblea.

Su hermana soltó apenas un gruñido vago que se apagó en la sala antes de llegar a la pared.

Vero se echó el morral a los hombros. Le lanzó una última mirada a la espalda encorvada de su hermana y salió al pasillo estrecho.

El calor de media mañana de Caracas estaba parado en el pasillo, como si hubiera estado esperando a Vero. El asfalto temblaba, y a los primeros pasos el top ya se le pegaba sin remedio a la piel. El humo de basura quemada que subía del valle se le posó en los labios.

En el escalón más alto de la escalera de concreto quebradiza, que atravesaba el cerro como una cicatriz, se detuvo. Un vecino pasó apurado junto a ella balanceando una bandeja sobre la cabeza. Su eco despertó por sí solo. En su mente copió el desplazamiento de su centro de gravedad y la tensión precisa de sus pantorrillas sobre el suelo dispare-

jo. Se metió en ese patrón de movimiento sin darse cuenta, para compensar la carga en la espalda. El don lo había descubierto de niña, pero nunca había hablado de él. Le bastaba ver un movimiento una vez para imitarlo a la perfección.

Pero en medio del giro, cuando quiso esquivar un charco aceitoso, el concreto no cumplió lo que prometía visto desde arriba. La copia estaba bien. El escalón no. Una piedra suelta se volteó bajo su pie, y el centro de gravedad que acababa de pedirle prestado a un cuerpo ajeno quedó colgando sobre la nada.

La piedra se fue, el apoyo se fue, y la mano salió disparada antes de que la cabeza lo ordenara. Encontró la baranda de hierro oxidada. La rodilla raspó el borde del concreto. Se quedó quieta hasta que el ardor cedió.

Aflojó la mano, respiró el polvo del callejón y siguió su camino. Caracas no toleraba titubeos.

EL MONOS HAT

La Plaza Venezuela vibraba bajo el calor de mediodía, una caldera rugiente de gases de escape cargados de plomo y del bajo martillante de la banda. Vero llegó a la plaza por detrás de las cornetas macizas; las correas del morral se le clavaban en los hombros.

—Veintidós minutos, Vero —le ladró el mánager sin levantar la vista de su portapapeles. El logo desteñido de «El Monos Hat» en su camisa estaba bordeado de manchas oscuras de sudor—. Una vez más y la banda se busca otra promotora. Necesitamos a alguien que reparta volantes y prenda al público con el disfraz, no una princesa que se cree que el horario es una sugerencia. Sin trabajo no hay plata. Tú sabes que te puedes quitar el disfraz en cuanto tengas las pestañas y las uñas hechas. Lo sexy reparte más volantes que el mono.

Vero no contestó. Miró más allá de él hasta que el mánager le dejó libre el paso hacia el tenderete provisional. Dentro de la carpa el aire estaba pesado y gastado. Sacó el pelaje de mono del morral, una funda áspera y sin vida de fibra sintética. En un momento estaría metida ahí. Se dejó puestos el top y los shorts, una barrera delgada contra la tela que picaba; el aire fresco de un ventiladorcito era una gracia fugaz sobre su piel mojada antes de meter las piernas en el pelaje.

El celular vibró con fuerza en el bolsillo de los shorts que llevaba bajo el disfraz. Arthur.

«Vero, la carga térmica en tu ubicación es crítica. Bebe exactamente 300 mililitros de agua en intervalos de diez minutos. Sin sistemática, tu foco colapsa.»

Vero leyó la línea dos veces. Su protocolo le pesaba en los hombros como una capa de plomo. Con un movimiento rápido e irritado tecleó la respuesta en el canal. *«Ahórrate la estadística, Oso. Tómate tú*

tu café mientras yo me cocino aquí en mi propio jugo. Mi estructura aguanta también sin tus comentarios.»

Oso. «Bär», la palabra alemana para oso. Ella le había puesto el nombre cuando él todavía estaba lo bastante lejos como para resultar gracioso.

Se guardó el celular en el bolsillo de los shorts y subió el pesado cierre del pelaje de mono hasta el cuello. El calor de adentro subió y le robó el oxígeno. A través de los ojos de vidrio rayados de la máscara, la plaza ya solo era clara y borrosa.

Fijó la vista en los movimientos fluidos de un muchacho que practicaba breakdance en el borde de la fuente. El vuelco de su peso, la tensión elástica de los tendones: su cuerpo lo tenía antes de que ella lo quisiera. Se metió en el patrón ajeno y así cargaba más liviano el pelaje y el bochorno. Detrás de la máscara del mono desaparecía la mujer; lo que quedaba era un eco rítmico que giraba sobre el asfalto.

Vero movía las caderas al ritmo de la música. La sal encontró el camino a sus ojos y se quedó ahí. Cada movimiento bajo el peluche costaba el doble.

El celular volvió a vibrar contra su muslo. Arthur. Esta vez no era un protocolo sobre el calor en su ubicación, sino el pitido impaciente del rastreo GPS. Sabía lo que él veía en sus monitores: un punto que desde hacía veinte minutos no cambiaba de posición. Vero ignoró el teléfono. No quería oír su preocupación.

Detrás de la máscara ella era para el mundo un absurdo bailarín, pero debajo trabajaba una cazadora. Escaneaba las caras de los que pasaban con la precisión que había aprendido en la Policía Nacional Bolivariana. Un hombre que se aferraba nervioso a su maletín, el esquive apurado de un buhonero ante una patrulla. El anonimato del pelaje era su única libertad.

Una camioneta oscura avanzaba por la cola al borde de la plaza, los vidrios polarizados como espejos. Sus brazos terminaron el movimiento sin que ella mirara. Todo en la avenida daba tirones, tocaba corneta, empujaba. La camioneta no. Se deslizaba como si tuviera tiempo. Ella no buscaba público para la banda: buscaba el patrón que no encajaba en el curso habitual de la calle. Mientras Arthur, en Alemania, proba-

blemente estaba recalculando por qué su punto seguía quieto, ella se quedó parada y esperó hasta que el carro desapareció en el calor tembloroso.

FOTÓGRAFO

La luz pálida de la mañana se filtraba por las láminas de las persianas amarillentas y dibujaba franjas estrechas y polvorientas sobre el linóleo gastado de la sala. La vivienda en Caracas era cara. Por eso Samu y su prometida seguían viviendo en el apartamentico dentro de la casa de su madre. Estaba sentado a la mesa, los codos apoyados en el tablero agrietado, y limpiaba el objetivo de su cámara con una minuciosidad casi religiosa. Para él ese aparato era más que una herramienta; era su última línea de defensa contra la censura que cubría Caracas como un veneno lento.

—El ministerio volvió a llamar ayer —murmuró Samu sin levantar la vista del vidrio. Sus pulgares frotaron de la lente una última mota de polvo que ya no estaba ahí—. Buscan a alguien para la edición de fotos del noticiero de la noche. Sueldo fijo, seguro social, carro de la empresa.

Dayana, parada frente al espejito rajado del pasillo, se detuvo. Se acomodó el vestido tubo ceñido que había escogido para la sesión de hoy en la Plaza Venezuela. Era una herencia de tiempos mejores, mantenida a duras penas para sostener la ilusión de una elegancia intocable que exigía su lucha diaria contra la caída.

—¿Y? —preguntó en voz baja mientras se empolvaba los pómulos. Ni un trazo fuera de lugar.

—Colgué —respondió Samu, plano—. No voy a enfocar mi lente para alguien que me dicta qué sombras tengo que ignorar. Prefiero fotografiar bandas punk locales en sótanos llenos de humo o hacer retratos para vendedores de arepas antes que poner mi nombre debajo de una mentira aprobada por el Estado.

Dayana lo miró hasta que él apartó la vista. Agarró su celular, que estaba sobre la cómoda junto a una pila de monedas del Metro. La pantalla se iluminó: una notificación de la app en la que, con un perfil anónimo, hacía su trabajo «discreto» en línea para tapar los huecos de su presupuesto. Samu lo sabía. La apoyaba en eso. Necesitaban la plata.

Otra señal parpadeó.

—Arthur nos recuerda la ventana de tiempo —dijo Dayana, y su voz perdió la distancia fría—. Su estructura es implacable, aunque esté a diez mil kilómetros.

Samu metió su equipo en el bolso acolchado, gastado en las esquinas. —Tenemos que irnos. La Línea 1 a esta hora es un infierno de lata y sudor, y si perdemos el próximo tren nos toca pararnos en la plaza con el calor del mediodía.

No tenían carro, ninguna protección contra la brutalidad húmeda de la ciudad. Mientras salían juntos del apartamento, el diésel colgaba pesado sobre la calle; Dayana se acomodó la pañoleta de seda. No eran habitantes de los barrios como Vero, pero eran fantasmas que cada día volvían a calcular cuántos pasos podían permitirse antes de que la realidad los alcanzara. Ella se aferraba a la preocupación de Arthur. Se lanzaron al ritmo triturador del transporte público, dispuestos a olvidar, por un par de fotos perfectas, lo apretado que venía el mes.

La estrechez húmeda del Metro parecía una jaula de cuerpos sudados y del chirrido triturador de metal contra metal. Dayana se estiró hasta que las yemas de los dedos encontraron la barra; la muñeca le temblaba por la tensión. Entre los hombros y las camisas húmedas que la apretaban por todos lados, casi desaparecía por completo.

Samu estaba detrás de ella; su cuerpo formaba un colchón protector contra los empujones de los pasajeros. Llevaba el bolso de la cámara apretado contra sí. Miraba fijo una irregularidad en el concreto gris de la pared del túnel que pasaba silbando; ignoraba el afiche de propaganda de al lado con la misma determinación con que rechazaba las ofertas de empleo del ministerio. Las agencias de Las Mercedes habían rechazado a Dayana, de una vez por todas, con una regla. Demasiado

baja. Para él eso no era una variable que le restara valor a una imagen. Él buscaba su belleza, no sus medidas.

Cuando las puertas de Plaza Venezuela se abrieron con un tirón siseante, la oleada humana los empujó al andén. La subida a la luz del día era la salida de una sala de máquinas recalentada. Arriba, el calor de la ciudad se les posó sobre la piel, y con él el bajo lejano y martillante de una banda.

Dayana se acomodó la pañoleta, una barrera finísima contra el polvo de ladrillo que se arremolinaba por la avenida. El celular le vibró en el bolso. Esta vez leyó sin decir nada y guardó el aparato.

—¿Qué quiere? —preguntó Samu.

—La fuente primero. —Dayana siguió caminando—. Lo hace con buena intención. Pero no debería meterse en todo.

Samu asintió y levantó la Leica. Su ojo de periodista escaneó la plaza y se quedó enganchado en una figura que bailaba con un disfraz de mono raído y les extendía volantes mecánicamente a la gente. Dayana no le dedicó ni una mirada a la botarga; para ella el pelaje sintético era solo otra parte del desorden, un desecho del barrio que no tenía lugar en su mundo de seda y polvo compacto.

Bajo el techo de lata del escenario el aire estaba inmóvil, espeso de grasa de fritura y polvo.

Samu apartó el ojo del visor de la Leica. Ignoró el temblor sobre la fuente y el borde de luz en el hombro de Dayana. No veía la cara, pero leía los movimientos: el esquive elástico ante los transeúntes, el empujón corto al repartir los volantes.

Se dirigió a la fuente. Dayana lo siguió; sus tacones golpeaban duros e impacientes sobre el asfalto caliente. Traía consigo una frialdad que por un momento apartó el calor de la plaza.

TRAS EL VIDRIO

—¿Vero? —preguntó Samu, neutral.

La botarga se detuvo. Un guante de pelaje sintético negro agarró la máscara y la echó hacia atrás. El aire de afuera le dio a Vero en la cara, pero el alivio duró solo segundos. La ropa se le pegaba. El sabor del disfraz se le quedó en la boca.

—Samu —graznó. Tenía la voz seca como papel de lija.

Dayana se puso a su lado. Le recorrió la cara a Vero, se detuvo un instante en los mechones mojados y luego volvió a caer en una indiferencia de máscara. Samu se colocó junto a ella; su mano encontró sola la espalda de Dayana. Para Dayana esa era la verdadera formación: ella, Samu, la Torre en Alemania; tres puntos que aguantaban. Vero la sacudía cada vez que la preocupación de Arthur se corría hacia ella. —Arthur no mencionó que estabas aquí hoy —dijo Dayana. Su voz salió lisa y sin calor.

Con el antebrazo, Vero sujetaba la pesada cabeza del mono. No miró a Dayana. Dayana, aun así, no se volteó. Se tomó su tiempo para eso. —El Oso lo ve todo. Pero no lo dice todo —dijo Vero, seca.

—Está pendiente de nuestro horario —replicó Dayana, fría.

Samu se acomodó la correa de la cámara. Miró a Vero como a una prueba de un caso. —El sol aquí es asesino. Deberías quedarte a la sombra.

—En la sombra no hay volantes —dijo Vero. Se volvió a bajar la máscara. Los ojos de vidrio los fijaron a los dos un momento antes de que el mono se sumergiera de nuevo en el ritmo de la banda.

Dayana se dio la vuelta sin decir una palabra más y se quedó a unos pasos, a la sombra de la pared de cornetas. Samu levantó la cámara y si-

guió trabajando: la fuente, la fila de autobuses, las fachadas, todo lo que la plaza daba. Disparaba sin contar.

Dentro del pelaje ya nada de eso contaba: solo el propio aire gastado y el bajo que le pegaba a través del peluche hasta las costillas.

La camioneta negra volvió a abrirse paso por la cola espesa y se detuvo frente a la fuente. El vehículo se veía antinaturalmente limpio en medio del polvo levantado de la avenida. Vero se quedó helada, la mano apretada alrededor de la pila de volantes.

El vidrio trasero del lado del copiloto bajó un trecho con un zumbido leve.

El mono perdió el compás. Detrás del vidrio ahora abierto se desprendió de la oscuridad del carro un perfil que ella reconoció. Los rasgos finos, la línea altiva de la barbilla, una cara que no había visto en tres años. Salma.

Tres años, y la cara detrás del vidrio estaba otra vez en su cabeza. Vero apretó más la pila de volantes, hasta que el cartón cedió. Salma era la que se había encargado de que ella tuviera que salir de la academia de policía por la puerta de atrás; de eso estaba segura. No solo le había quitado el trabajo a Vero: la había obligado a meterse en ese pelaje con olor a encierro, mientras ella misma estaba ahí adentro sentada en el fresco.

Salma giró la cabeza un poco hacia un lado. El mono que bailaba al borde de la calle era para ella un pedazo de calle entre otros. Para ella la figura de peluche era solo un detalle feo al borde de la calle, un extra sin nombre en una Caracas que ella había sometido. Tenía en la mano una botella de agua mineral y le daba sorbos, como si la persona de afuera, en el asfalto, fuera solo parte de la basura de la ciudad.

Del lado del conductor alguien se acercó al carro. Vero vio la sombra correr sobre la lata y un puño de camisa que no pertenecía a esa plaza. El ángulo no daba para más.

Salma dejó la botella. Su mano fue hacia adelante, volvió y quedó otra vez en su regazo. Lo que pasó en medio lo tapaba el reposacabezas.

El vidrio volvió a subir. Con un tirón leve el carro arrancó, y en la Avenida Casanova ya no se le pudo distinguir.

Veinte metros más allá estaba Samu, la cámara en el ojo, recorriendo la plaza. Había tenido el lado del conductor en cuadro cuando el hombre se acercó, y siguió disparando sin saber a qué. Luego bajó la Leica sin mirar la pantalla.

El bajo de la banda le vibraba a Vero en el pecho. Se quedó ahí parada y sintió el filo cortante de su rabia. ¿Qué hacía Salma aquí?

Fin del extracto

El eco de Caracas

Novela negra

Próximamente en español.

Más información: luceno.eu/es/start-espanol

GLOSARIO

Lugares e instituciones

Ávila, El – macizo y parque nacional al norte de Caracas; separa la ciudad del mar Caribe.

Autopista Francisco Fajardo – autopista que cruza Caracas de oeste a este.

Barrio – zona popular, casi siempre de construcción informal, en los cerros de la ciudad.

CCCT – Centro Ciudad Comercial Tamanaco: centro comercial, hotel y torres de oficinas.

Colectivos – grupos armados cercanos al gobierno que controlan muchos barrios.

Colonia Tovar – pueblo de montaña al oeste de Caracas, fundado en 1843 por inmigrantes del Kaiserstuhl, en el suroeste de Alemania.

Cota Mil – avenida en la falda del Ávila, a unos mil metros de altura; de ahí el nombre.

Helicoide, El – edificio en espiral de los años cincuenta; hoy sede del SEBIN y cárcel.

La Guaira – ciudad portuaria en la costa, al otro lado del Ávila.

Las Mercedes – zona acomodada de restaurantes, discotecas y quintas.

Maiquetía – aeropuerto internacional de Caracas, en la costa.

SEBIN – Servicio Bolivariano de Inteligencia Nacional, la policía política.

Palabras alemanas y holandesas

Bär – «oso» en alemán. Así le dice Vero a Arthur cuando le habla directamente; en el resto del libro es el Oso.

Bratwurst mit Pommes und ein Bier – salchicha alemana con papas fritas y una cerveza; lo que el loro le aprendió a Arthur.

Acusativo, «Wen oder was» – el caso alemán del complemento directo; los alumnos lo buscan preguntando «¿a quién o qué?» («Wen oder was?»).

Kaiserstuhl, Endingen, Selva Negra – región y pueblo del suroeste de Alemania de donde vinieron los fundadores de la Colonia Tovar.

Henk habla holandés; sus frases llevan la traducción entre paréntesis.

Venezolanismos (para lectores de fuera)

chamo – muchacho, pana.

epale – saludo, «¡hey!».

pana – amigo.

primo – también trato entre amigos.

marico/marica – entre amigos, apelativo corriente.

qué lo qué, QlQ – «¿qué hay?».

todo fino – «todo bien».

malandro – delincuente.

bodega – tiendita de esquina.

arepa – torta de maíz.

UPS – batería que mantiene el router encendido durante los apagones.